

CRISTOBAL DE CASTILLEJO

FABULA DE
POLIFEMO

CRUZ Y RAYA

1.935

G-F 15721

DGCL
A

Alfonsa de la Torre

CARDO DE POLIFENO

Febrero 1942

[Faint handwritten text, possibly a signature]

[Faint handwritten text]

+2285
C.

[Faint handwritten text]

CRISTOBAL DE CASTILLEJO

FABULA DE POLIFEMO

FABULA DE
POLIFEMO

“LA ROSA BLANCA”

Pedro Alastay

Madrid octubre 1939
Año de la Victoria

CRISTOBAL DE CASTILLEJO

NOTICIA

FABULA DE
POLIFEMO

1

“LA ROSA



BLANCA”

M A D R I D

N O T I C I A

En todas las ediciones del Canto de Polifemo se advierte desde el título que el poema está «traducido de Ovidio». Con bastante fidelidad, en efecto, el poeta castellano ha seguido la disposición que a las materias da el mitólogo latino; en las alabanzas y en las quejas de Polifemo, en su fracasada recuesta de amores, los conceptos se eslabonan siguiendo la pauta dada en el libro XIII de las Metamorfosis. Pero es necesario recordar que lo que la palabra «traducir» significa para nosotros no es lo que significó para Castillejo, que no fué tan radical traductor como Juan del Encina por ejemplo, aunque no resulte menos claro en su propósito de trasponer el espíritu del original y no trasladar meramente las palabras. Para Castillejo, como para todo primitivo, el poema original sufre fuerza al ser aproximado al lector, al inscribirse en un nuevo sistema de realidades. La traducción no tiende a conseguir una precisión expresiva de las palabras, buscada en ellas mismas o en la plenitud funcional de su ajuste en lo frase; como para Encina no hay égloga comprensible sino en cuanto va inscrita en los justos términos de la pastoría castellana, tampoco Castillejo puede concebir a este Cíclope ovidiano sin hacerlo pastor y ganadero a la castellana, y sus palabras se legitiman por su castiza castellanía. La versión tiene así todas las virtudes de sus defectos; se moldea en versos de pie quebrado largamente cultivados antes en poemas semicortesianos, semipo-

pulares, obra de poetas que gustaron siempre de verbosos apóstrofes, maldiciones, ponderaciones, reiterados en un paralelismo agotador. La inevitable² palabrería de un estilo deliberadamente palabrero diluye los 82 versos del pasaje ovidiano en otros 409. Cada concepto breve y conciso se parafrasea agregándole en largo despliegue cuanto lleva implícito:

...Levior adsiduo detritis aequore conchis.

...Más polida,
lampiña, limpia, bruñida,
que conchas de la marina,
fregadas de la contina
marea, nunca rendida...

La versión de Castillejo interesa por esa misma deformación del modelo, operada por la porfiada paráfrasis, por la técnica temosa, cumulativa, perifrástica que ese concepto del arte—y el metro mismo—imponen. Arte primitivo, desconocedor de fidelidades estilísticas por lo mismo que desconoce las perspectivas históricas. La violenta refracción que el tema ovidiano experimenta al hender el verso ingenuo de Castillejo, produce quebradas sorprendentes, graciosas y arbitrarias desviaciones.

Hay dos textos del Canto de Polifemo muy poco desemejantes entre sí. Nos hemos atendido al más modernizado, a la versión vulgata del poema, la reproducida en la Biblioteca de Rivadeneyra.

J. F. MONTESINOS.

CANTO DE POLIFEMO

Hola, gentil Galatea,
Más alba, linda, aguileña
Que la hoja del alheña,
Que como nieve blanquea,
Más florida
Que el prado, verde y crecida
Mucho más, y bien dispuesta,
Que el olmo de la floresta
De la más alta medida;
Más fulgente
Que el vidrio resplandeciente,
Más lozana que el cabrito
Delicado, ternecito,
Retozador, diligente;

Más polida,
Lampiña, limpia, bruñida
Que conchas de la marina,
Fregadas de la contina
Marea, nunca rendida;
Gracia y brío
Agradable al gusto mío,
Y del sabor dulce y tierno,
Más que soles del invierno
Y que sombra del estío;
En color
Muy más noble, y en olor,
Que manzanas del labrado,
Más vistosa que elpreciado
Alto plátano mayor.
En blancura
Más reluciente y más pura

Que el hielo claro, y lustrosa,
Más dulce que la sabrosa
Moscatel uva madura.
Delicada
Y blanda, siendo tocada,
Más que la pluma sutil
Del blanco cisne gentil
Y que la leche cuajada;
Y aun diría,
Si no huyeses a porfía,
Como sueles, desdeñosa,
Que eres más fresca y hermosa
Que la huerta regadía.
Sus, pues, ea,
Tú, la misma Galatea,
Más feroz que los novillos
No domados y bravillos,

Que nunca vieron aldea
Par a par;
Muy más dura de domar
Que la encina envejecida,
Más falaz y retorcida
Que las ondas de la mar,
Más doblada,
Con el salce comparada,
Que sus varas delicadas
Y que las vides delgadas,
No sufridoras de nada;
Y a mi ver,
Muy más dura de mover
Que estas peñas do me crío,
Y furiosa más que el río
A todo todo correr,
Más señora,

Soberbia, desdeñadora,
Que el pavo siendo alabado,
Más fuerte que el fuego airado
En que me quemas agora;
Desmedida,
Más áspera y desabrida
Que los abrojos do quiera,
Más cruel que la muy fiera
Osa terrible parida;
Más callada
Y sorda, siendo llamada,
Que este mar de soledad;
Muy más falta de piedad
Que la serpiente pisada
De accidente.
Y lo que principalmente,
Si pudiese, te querría

Quitar de tu compañía
Es, que eres, no solamente
Todavía
En huir menos tardía
Que el ciervo con sus oídos,
Despertado a los ladridos
De la clara vocería
Tras la tela;
Más aun, porque más duela
Tu huirme en mis tormentos,
Más ligera que los vientos
Y más que el aire que vuela.
Pero si
Tuvieses ya desde aquí
La noticia que deberías,
Sé que te arrepentirías
De andar huyendo de mí,

Y sin verme,
Te pesara de perderme,
Haciendo de tí mudanza,
Y culpando tu tardanza,
Trabajaras de tenerme;
Porque tengo
Cuevas donde agora vengo,
Hechas en la peña viva,
Sobre que gran parte estriba
De aqueste monte tan luengo;
En las cuales
No se sienten las señales
Del sol en medio la siesta,
Ni el invierno las molesta
Con sus tristes temporales.
Tengo más:
Manzanas cuantas querrás,

Que hacen doblar las ramas,
De las cuales, si me amas,
A tu placer comerás
Cuando quieras;
Y uvas de dos maneras
En sus parras de contino;
Las uvas como oro fino,
Sabrosas y comederas,
Si las ví,
Y otras como carmesí,
Que son en extremo bellas:
Estas, señora, y aquellas
Guardo todas para tí.
Con tu mano
Tú misma, tarde y temprano,
Cogerás las blandas fresas
En las selvas y dehesas,

A la sombra en el verano
Cada mes;
Y en el otoño después
Las cerezas montesinas,
Y no solamente endrinas,
Morenas por el envés
Y defuera,
Mas también otra manera
De ciruelas generosas,
Amarillas y hermosas,
De color de nueva cera.
Si me oyeres,
Y por marido tuvieres,
No te faltarán castañas
Por estas frescas montañas,
Y madroños, si los quieres,
En gran vicio,

Que, pues servirte codicio
Con todo cuanto hay acá,
Cuántos árboles habrá
Estarán a tu servicio
Y señorío.
Todo este ganado es mío
Cuanto miras, si me escuchas,
Con otras ovejas muchas
Que andan por lo baldío.
Por los valles
Yo te prometo que halles
Otras muchas no sé dónde
Que la selva las esconde,
Y en los establos y calles
De las cuevas;
Tantas son, que si me pruebas
Y pides de ella razón

Para decir cuántas son,
No sabré dar dello nuevas
Ni recado,
Que nunca las he contado
Ni visto tan mala vez,
Que de pobres hombres es
Poder contar su ganado.
Pues contarte
Loores, parte por parte,
De aquestas ovejas mías
No debo, porque podrías
Pensar que hablo con arte
Falsamente.
Para que más te contente,
No quiero que a mí me creas,
Mas que tú misma las veas
Cuando estuvieres presente.

Podrás ver
Que apenas pueden mover
Las piernas esparrancadas,
Con las tetas retesadas,
Que más no pueden haber.
Por tal vía
Hay también la nueva cría
En tibios apriscaderos,
Tanta copia de carneros,
Que decirla no sabría.
Tal y tal,
De tiempo y edad igual,
En otros apriscos tales,
Hay cabritos recentales,
Regocijado animal.
Y de aquí
Viene que cerca de mí

Hay leche continuamente,
Blanca, fresca y excelente,
Que me sobra por allí;
De la cual
Una parte en especial
Se guarda para beber,
La otra para hacer
Queso, que es lo principal.
Item más,
Que no sólo gozarás
Destos deleites ligeros
Y destos dones caseros
Y comunes, que ternás
Infinitos,
Sino de otros exquisitos
Que menos veces gozamos,
Como son liebres y gamos,

Gamuzas y pajaritos
Muy continos,
Cualque par de palominos
En su tiempo señalado,
Y cualque nido tomado
De la cumbre de los pinos;
Dos ositos
Hermanos melgos, chiquitos,
Que pueden jugar contigo,
Los cuales traje conmigo,
Y he hallado muy bonitos;
Ambos ellos
Tan semejantes y bellos
En lo menos y en lo más,
Que apenas conocerás
La diferencia de entre ellos,
Porque engaña;

Hijos de una muy extraña
Osa, vellosa y oscura.
Hallélos en la espesura
De la más alta montaña,
Do ella mora;
Y en viéndolos a deshora,
Que de ti se me acordó,
Dije: «¡Oh! Aquestos quiero yo
Guardar para mi señora».
Sus, pues, ya,
Vuelve tus ojos acá,
Tu voluntad endereza,
Saca tu linda cabeza
De la mar a donde está,
Con que pones
Mi vida en estas pasiones;
Ven ya, Galatea, ven;

No me trates con desdén
Ni menosprecies mis dones;
Que yo sé
Que tú no tienes por qué
Me menosprecies así,
Que yo me conozco a mí,
Y ha poco que me miré
A ventura,
Para ver mi hermosura,
Y me vi en el agua clara
Todo mi cuerpo y mi cara
Y me plugo mi figura.
Mira, amor,
Mi persona en derredor,
Cuán grande soy desde el suelo,
Que Júpiter en el cielo
No será cierto mayor;

Porque vos
Soléis contar entre nos
Un Júpiter, no sé cuál,
Reinar como principal
Y más poderoso dios.
Pues con esto,
Mira, señora, de presto
Encima de esta estatura
La muy gran cabelladura
Que cuelga sobre mi gesto
Denodado,
Y al uno y al otro lado
Por los hombros se levanta,
Y les hace sombra tanta
Como un bosque muy cerrado.
Ni se vea,
Que porque mi cuerpo sea

Horribles con estas gruesas
Cerdas, ásperas y espesas,
Lo tengo por cosa fea
Ni mal puesta,
Pues es cosa manifiesta,
Si de oirlo no te enojas,
Que estar el árbol sin hojas
Es vista muy deshonesta;
Y yo hallo
Parecer mal el caballo
Si las crines o el cabello
No le cubriesen el cuello,
Para mejor adornallo.
Por librea
Que las cubre y las arrea,
Tienen las aves la pluma,
Y las ovejas en suma

Su lana las hermosa.
Y así son
En el cuerpo del varón
La barba y sus aposturas,
Y cerdas yertas y dura
Para dalle perfección.
Solamente
Tengo en medio de la frente
Un ojo, mas aquél es
De un grandísimo pavés
En grandor no diferente.
Pero ¿qué,
Si aun el sol mirando de
Arriba del alto cielo
Muy bien ve acá en el suelo
Cuanto hay y cuanto fué,
Do llegó,

Que no se le encubre, no,
Lo que va ni lo que viene,
Y si lo miras, no tiene
Más de un ojo, como yo?
Pues andar,
A esto debes juntar
Que mi padre, el dios Neptuno,
Como señor solo uno,
Reina en ese vuestro mar
Extendido;
Si me tomas por marido,
Con el cual nombre me alegro,
A este te doy por suegro,
Y solamente te pido
Que de mí
Hayas merced, que me di,
Y oyas sin más baldones

Mis humildes peticiones,
Pues me inclino a sola ti
Por amor.
Y siendo tan sin pavor,
Que al dios Júpiter provoco
Y a sus cielos tengo en poco,
Y al rayo penetrador,
Con desmayo
A ti, ninfa, adoro y trayo
En más estima que a él;
Tu saña me es más cruel
Que ningun golpe de rayo
Ni furor.
Y aunque siento el disfavor
De verme así desdeñado,
Sufriría más pagado
Este tu gran desamor

Si tú fueses
Tan esquiva, que huyeses
A todos como a mí huyes,
Y a los tristes que destruyes
Por un rasero midieses.
Mas ¿por qué,
Dímelo, que no lo sé,
El Cíclope desechado,
A Acis amas de grado
Y le tienes tanta fé,
Y en tus brazos
No le pones embarazos,
Y en mi despecho le quieres?
O ¿por qué razón prefieres
Sus besos a mis abrazos?
Mas consiento
Que él viva de sí contento,

Y a tí, lo que no querría,
Para más afrenta mía,
Dé también contentamiento,
Pues le tiene;
Pero si a mis manos viene,
El sentirá que hay en ellas
Las fuerzas y las querellas
Que a tan gran cuerpo conviene.
Con mil sañas
Le arrancaré las entrañas
Vivas, rompiendo sus pechos,
Y los sus miembros deshechos
Sembraré por las campañas
Sin abrigo,
Como mortal enemigo;
Y por esas mismas ondas
Do moras, bravas y hondas,

Si se mezclare contigo;
Porque vivo
Mé quemó, y el fuego esquivo
Que me abrasa y atormenta
Más hierve y más se acrecienta
Con la injuria que recibo.
Y a mi ver,
Tan grave de padecer
Es el fuego que me inflama
Y la pasión que me llama,
Que me parece traer
Encerrado
El Etna, monte pesado,
Con sus fuerzas muy crecidas
Y sus llamas encendidas
En mi pecho trasladado.
Tu beldad

No promete crueldad,
Mas ni por esas un hora
Tú, Galatea, señora,
Te mueves a piedad.

MADRID, S. MADRID

PRIMERA EDICIÓN DE 1901

REEMPLAZO EN 1952

NUMERO DEL 1 AL 100

PLANTAS N.º 103

ESTE LIBRO SE ACABO DE
IMPRIMIR POR CONCHA
MENDEZ Y MANUEL
ALTOLAGUIRRE, EL 15
DE FEBRERO DE 1936, EN
VIRIATO, 73. MADRID

PRIMERA EDICION DE 500
EJEMPLARES EN PAPEL HILO,
NUMERADA DEL 1 AL 500.

EJEMPLAR N.º

463

« L A R O S A B L A N C A »

1. Cristóbal de Castillejo: FABULA DE POLIFEMO.
2. Gregorio Silvestre: FABULA DE NARCISO.
3. Gaspar de Aguilar: FABULA DE ENDIMION Y LA LUNA.
4. Luis Barahona de Soto: FABULA DE VERTUMNO Y POMONA.
5. Pedro Espinosa: FABULA DE GENIL.
6. Lope de Vega: LA ROSA BLANCA.
7. Baltasar Elisio Medinilla: FABULA DE LA ROSA.
8. Tirso de Molina: FABULA DE PIRAMO Y TISBE.
9. Jerónimo de Porras: FABULA DE CEFALO Y PROCRIS.
10. Juan de Jáuregui: FABULA DE ORFEO.
11. Gabriel Bocángel: FABULA DE HERO Y LEANDRO.
12. Fray Plácido de Aguilar: FABULA DE PAN Y SIRINGA.
13. Pedro Soto de Rojas: FABULA DE ADONAI.
14. Antonio Mira de Amescua: FABULA DE ACTEON.

75e





3,50 ptas.